

El guardador de rebaños

Pessoa, Fernando

Veröffentlichungsversion / Published Version

Zeitschriftenartikel / journal article

Empfohlene Zitierung / Suggested Citation:

Pessoa, F. (1991). El guardador de rebaños. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 36(146), 139-141.
<https://doi.org/10.22201/fcpys.2448492xe.1991.146.51588>

Nutzungsbedingungen:

Dieser Text wird unter einer CC BY-NC-ND Lizenz (Namensnennung-Nicht-kommerziell-Keine Bearbeitung) zur Verfügung gestellt. Nähere Auskünfte zu den CC-Lizenzen finden Sie hier:
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.de>

Terms of use:

This document is made available under a CC BY-NC-ND Licence (Attribution-Non Comercial-NoDerivatives). For more Information see:
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0>

también sus descendientes. En nosotros se encuentran cualidades suyas de una clase y en los animales cualidades de otra. Los animales son nuestros primos. La diferencia que existe entre nosotros y los animales es que nosotros, bien o mal, nos adaptamos a las condiciones variables, o cuando menos, tenemos la facultad de la adaptabilidad. Los animales, sin embargo, se han detenido en una característica, en una propiedad que expresan, y no van más lejos. Si las condiciones cambian, los animales mueren, son incapaces de adaptarse. En ellos se encuentran propiedades que no pueden cambiar. Los animales son la personificación de las características humanas que no tuvieron lugar en el hombre.

Este es el motivo por el cual los animales parecen ser caricaturas del hombre.

Todo el mundo animal es una continua caricatura de la vida humana. Hay mucho en el hombre que tiene que ser desechado antes de poder ser considerado como verdadero hombre. Y las gentes se muestran temerosas de éstos porque no saben qué es lo que les quede. Quizá algo quedará, pero muy poco. ¿Y habrá quien tenga el valor de hacer el experimento? Quizá algunos se atrevan, ¿pero dónde están?

Las propiedades que tarde o temprano están destinadas al jardín zoológico todavía gobiernan nuestra vida, y las gentes tienen miedo de perderlas aún en el pensamiento porque sienten que si las pierden nada quedará. Y lo peor del caso es que, en la mayoría de los casos, esto es completamente cierto.

P. Ouspensky, *Un nuevo modelo del universo*,
Buenos Aires, Kier, 1985.

EL GUARDADOR DE REBAÑOS

Fernando Pessoa

Hay suficiente metafísica en no pensar en nada.

¿Qué pienso yo del mundo?

¿Qué sé yo lo que pienso del mundo!

Si me pusiese enfermo, lo pensaría.

¿Qué idea tengo yo de las cosas?

¿Qué opino de las causas y los efectos?

¿Qué he meditado sobre Dios y el alma

y sobre la creación del Mundo?

No lo sé. Para mí, pensar en ello es cerrar los ojos

y no pensar. Es correr las cortinas

de mi ventana (pero no tiene cortinas).

¿El misterio de las cosas? ¿Qué sé yo lo que es el misterio?

El único misterio es que haya quien piense en el misterio.

Quien está al sol y cierra los ojos

empieza a no saber lo que es el sol

y a pensar muchas cosas calurosas.

Pero abre los ojos y ve el sol

y ya no puede pensar en nada,
porque la luz del sol vale más que los pensamientos
de todos los filósofos y todos los poetas.
La luz del sol no sabe lo que hace
y por eso se equivoca y es comunal y buena.

¿Metafísica? ¿Qué metafísica tienen aquellos árboles?
La de ser verdes y copudos y tener ramas
y la de dar fruto a su tiempo, lo que no nos hace pensar,
a nosotros, que no sabemos tomarlos en cuenta.
Pero ¿qué mejor metafísica que la suya,
que es la de no saber para qué viven
ni saber que no lo saben?

“Constitución íntima de las cosas”...

“Sentido íntimo del Universo”...

Todo esto es falso, todo esto no quiere decir nada.
Es increíble que se pueda pensar en cosas de éstas.
Es como pensar en razones y fines
cuando el principio de la mañana está rayando y, por donde los árboles,
un vago oro lustroso va destruyendo a la oscuridad.

Pensar en el sentido íntimo de las cosas
es superfluo, como pensar en la salud
o llevar un vaso al agua de las fuentes.
El único sentido íntimo de las cosas
es que no tienen ningún sentido íntimo.

No creo en Dios porque nunca lo he visto.
Si él quisiese que yo creyera en él,
seguro que vendría a hablar conmigo
y entraría por mi puerta
diciéndome: *¡Aquí estoy!*

(Quizá suene esto ridículo a los oídos
de quien, por no saber lo que es mirar a las cosas,
no comprende a quien habla de ellas
con la manera de hablar que enseña el observarlas.)

Pero si Dios es las flores y los árboles
y los montes y el sol y la luz de la luna,
entonces creo en él,
entonces creo en él a todas horas,
y toda mi vida es una oración y una misa
y una comunión con los ojos y por los oídos.

Pero si Dios es los árboles y las flores
y los montes y la luz de la luna y el sol,
¿para qué le llamo Dios?

Le llamo flores y árboles y montes y luz de la luna;
porque si él se hizo, para que yo lo vea,
sol y luz de la luna y flores y árboles y montes,
si se me aparece en figura de árboles y montes
y luz de luna y sol y flores,
es que quiere que le conozca
como árboles y montes y flores y luz de luna y sol.

Y yo le obedezco por eso
(¿qué más sé yo de Dios que Dios de sí mismo?),
le obedezco viviendo, espontáneamente,
como quien abre los ojos y ve,
y le llamo luz de luna y sol y flores y árboles y montes,
y le amo sin pensar en él,
y le pienso viendo y oyendo
y ando con él a todas horas.

Pensar en Dios es desobedecer a Dios,
porque Dios quiso que no lo conociésemos,
por eso no se nos mostró...

Seamos sencillos y pacíficos,
como los regalos y los árboles,
y Dios nos amará haciéndonos bellos como los árboles y los regalos,
y nos dará verdor en su primavera,
¡y un río donde estar cuando acabemos!...

Desde mi aldea veo cuanto del Universo se puede contemplar desde la tierra...
Pro eso es mi aldea tan grande como cualquier otra tierra,
porque yo soy del tamaño de lo que veo
y no del tamaño de mi estatura...

En las ciudades, la vida es más pequeña
que aquí en mi casa en lo alto de este otero.
En la ciudad, las casas grandes encierran bajo llave a la mirada,
esconden el horizonte, empujan a nuestra mirada lejos de todo el cielo,
nos vuelven pequeños porque nos quitan lo que pueden darnos nuestros ojos,
y nos vuelven pobres porque nuestra única riqueza es ver.

Fernando Pessoa, *El poeta es un fingidor*,
Madrid, Espasa Calpe, 1983.

DE RERUM NATURA Y LA BUSQUEDA

T. Hajduk

Al dirigir nuestra mirada al universo físico chocamos con la enormidad del espacio y de su duración que nos aplasta y nos impone una impresión de nuestra insignificancia. Al estudiar el espacio-tiempo, el nacimiento y los ciclos vitales de las estrellas, las